

LA HABITACIÓN A TRAVÉS DEL FÚTBOL: CONFORMACIÓN DE ESPACIOS Y POSIBILIDADES

To dwell through soccer: Creation of spaces and possibilities

Habitar através do futebol: Criação de espaços e possibilidades

Ángel Fernando Cabrera Baz, Ph.D.

Recepción: 9/2/16 Aceptación: 17/11/16

*Tú vives como siempre en tus actos.
Con la punta de tus dedos pulsas el
mundo, le arrancas auroras, triunfos,
colores, alegrías: es tu música. La
vida es lo que tú tocas.*

Pedro Salinas.

Resumen

En este texto reflexionamos sobre las implicaciones de habitar, la necesidad de forjar espacios reconocibles para hacer la vida de manera compartida y disfrutable. Iniciamos con la búsqueda por comprender el acto de habitar, algunas de sus connotaciones y la puesta en práctica de valores al llevarlo a cabo, así como la configuración identitaria de ida y vuelta que esto conlleva. Posteriormente profundizamos en el juego, específicamente el fútbol, el porqué de su atracción tan acendrada en todos los espacios sociales, la invitación hacia el goce, aventura e integración que puede ofrecer por su llamamiento a la infancia y vinculación principalmente, sin dejar de reconocer sus posibilidades negativas, propias de la condición humana. Finalmente, habitar y fútbol confluyen en las dimensiones de tradición, mito, rito y narración por la capacidad que tienen de reflejar la vida moral y expresar comportamientos, esto especialmente bajo la perspectiva de MacIntyre, por su capacidad de generar encuentros en elementos supuestamente antagónicos.

Palabras clave: Habitar, fútbol, identidad.

Abstract

In this text we reflect on the implications of living, the need to forge recognizable spaces to make life shared and enjoyable way. We begin with the quest to understand the act of living, some of its connotations and implementation of values to carry it out, as well as the identity configuration return this entails. Later we delve into the game, specifically soccer; the reason for its attraction as unblemished in all social spaces, the invitation to the enjoyment, adventure and integration that can offer its appeal to children and linking mainly while recognizing its negative characteristic of the human condition possibilities. Finally, living and soccerball together in the dimensions of tradition, myth, ritual and narration by the ability to reflect the moral life and express behaviors, this, especially from the perspective of MacIntyre, their ability to generate meetings on elements supposedly antagonistic.

Keywords: Inhabiting, soccer, identity.

Resumo

Neste texto, refletir sobre as implicações de vida, a necessidade de forjar espaços reconhecidos para tornar a vida da maneira compartilhada e agradável. Começamos com a busca de compreender o ato de viver, algumas de suas conotações e implementação de valores para realizá-lo, bem como o retorno configuração da identidade isso implica. Mais tarde, mergulhar no jogo, especificamente o futebol; a razão de sua atração como irrepreensível em todos os espaços sociais, o convite ao prazer, aventura e integração que podem oferecer o seu apelo para as crianças e ligando principalmente reconhecendo ao mesmo tempo a sua característica negativa das possibilidades condição humana. Finalmente, viver e futebol juntos nas dimensões de tradição, mito, ritual e narração pela capacidade de refletir a vida moral e comportamentos expressos, isto, especialmente a partir da perspectiva de MacIntyre, a sua capacidade para gerar reuniões sobre elementos supostamente antagônicos.

Palavras chave: Habitar, futebol, identidade.

Habitar como acción formativa de cerca

Habitar en castellano toma forma desde el latín *habitare*, cuyo significado básico implica tener de manera reiterada. Poseer y ocupar son especializaciones del sentido de *habitare*. Connotaciones que nos remiten a una acción –la de habitar– referida a los seres humanos, llevada a cabo –hasta el momento– en el planeta tierra. Acción puesta en práctica en el ejercicio del poder, mediante la apropiación de “algo”. Sucintamente podemos entender como apropiar la adecuación de un ente hacia otro, la acción por la que tomamos algo, por la que lo hacemos propio. Esta apropiación o adueñamiento la expresamos interna y externamente a través de las significaciones de propiedad, espacio y territorio, por las cuales ejercemos la apropiación de sitios, lo que conforma nuestra relación o dominio hacia estos, en la procuración de elementos simbólicos y materiales para la subsistencia, en la generación de trabajo, formas de producción y alimento de las relaciones sociales. El proceso de apropiación se articula en tres dimensiones: la dimensión subjetiva mediante las representaciones que el grupo social crea del territorio ocupado, la dimensión concreta constituida por el manejo que los pobladores hacen de los componentes, y la dimensión abstracta referida a los criterios para el uso de los componentes (Godelier, 1984). Es a través de estas dimensiones que el acto de apropiación toma forma y se consolida, ya que generan disposiciones al captar el entorno, y por tanto, comportamientos.

A principios del siglo XVIII, en el primer diccionario de la Real Academia Española, habitar significa vivir, morar en algún lugar o casa (Giordano y D’angeli, 1999, p. 347). A la idea de poseer se une la concepción de vivir, la cual implica una actividad mucho más amplia, pues pone de manifiesto la vinculación de la vida con un espacio específico, también más profunda, porque establece implícitamente que se está vivo debido a esa relación. Entonces la vida se muestra recíprocamente con el espacio seleccionado para hacerla, con la porción de naturaleza tomada, apropiada.

Los humanos configuran el escenario en el que se desenvuelven y el escenario lo impregna en toda configuración, manifestándose en dicho acto –el de configuración– un dinamismo bidireccional permanente. Para Ortega y Gasset “el mundo exterior no existe sin mí pensarlo, pero el mundo exterior no es mi pensamiento, yo no soy teatro ni mundo –soy frente a este teatro, soy con el mundo–, somos el mundo y yo” (Ortega y Gasset, 1966, p. 401). Permanece indisoluble la relación de humano-mundo, que no es ni sólo yo y mi pensamiento, ni sólo lo exterior, es ser-con. En esta dicotomía podemos

observar el acto de habitar, su inmanente presencia en la construcción y práctica de nuestro vivir.

Los espacios donde habita el hombre manifiestan la manera en que se apropia significados, sensaciones, elementos inertes, pero principalmente seres y/o entes vivos –humanos, animales, árboles, sol, plantas, cielo, fluidos, minerales, luna, lluvias, vientos, etc.–. Manifestación representada en nociones de trabajo, salud, esparcimiento, alimentación, bienestar; todas estas conllevan diferentes formas y niveles de afectación al planeta. Históricamente ha habido pueblos y personas con ambiciones materialistas, pero el establecimiento del sistema de valores no era regido en la cotidianidad y en las intenciones finales tan marcadamente por el materialismo.

Cuando descubrimos valores, reconocemos al mundo en nuevas conformaciones, las cuales nos sirven de guía en el hacer permanente de la vida. Si consideramos todo lo que nos jugamos al habitar, podemos considerar este acto como una búsqueda para transformar creativamente los espacios para la promoción de la vida en convivencia, para ser y estar respetando la vida, para vivir-comprometidamente-con los que habitamos para compartir espacios de múltiples posibilidades. En ese juego para habitar donde se inserta el fútbol se encuentran implícita y explícitamente aspectos de la vida social y psicológica de los seres humanos, su valor no transita exclusivamente de modo utilitario, sino que expresa las relaciones intersubjetivas que promueven sentidos de vida, aspectos que más adelante abordaremos con mayor profundidad.

Hablar del habitar como una acción formativa de cerca, tiene el propósito de situar esta actividad como la emprendida por un sujeto humano con miras a un fin, el de su configuración, desde una realización contigua, próxima. Así como una actividad que constriñe y ajusta hacia determinados lineamientos, determinadas cercas. Los procesos y elementos que promueven las identificaciones más profundas se fundan al y para habitar, ya que es el medio permanente para extraer un sentido de vida, sentido que en la cotidianidad impregna al ser y que se forja a partir de diversos elementos vinculante, alguno de los cuales atendemos a continuación.

El fútbol como elemento articulador del habitar.

Antes de reflexionar sobre el aspecto articulador del fútbol en el habitar, considero indispensable abordar someramente su naturaleza, algunos elementos que lo hacen tan atractivo y encandilador, así como dimensiones

por las que puede fungir de cohesionador social. Entonces, ¿Cuál es nuestra significación respecto al fútbol? Constantemente escuchamos que es el deporte más practicado en el mundo, ¿A qué se debe su gusto o motivación? ¿Qué influjos “juegan” para qué esto sea así? Sin ánimo de ser concluyente encuentro tres factores esenciales para acercarnos a estos cuestionamientos. El primer aspecto, su precariedad y sencillez, para jugar al fútbol se requiere bien poco: apenas un objeto que sirva de balón (puede ser una piedra, envase, bolsa o casi cualquier artefacto); jugador, generalmente un grupo contra otro pero puede practicarse de forma individual; sitio de juego, lugar casi de cualquier dimensión y/o tipo donde se pueda patear el balón y colocar porterías (éstas igual que el balón, pueden ser de cualquier objeto). Sus reglas son básicas, se requiere introducir el objeto que funja como balón por un espacio específico (portería) con cualquier parte del cuerpo exceptuando brazos y manos. Después podemos encontrar sutilezas más profundas sobre estas reglas (medidas, faltas, duración, jugadores, etc.), pero con la explicación anterior tenemos para poder jugarlo. Esta sencillez para su práctica y en aditamentos hace que no requiramos o sea muy poca la inversión económica, al fútbol accede casi cualquier persona que lo desee, situación que resulta fundamental para que su práctica sea tan extendida.¹

El segundo aspecto que considero lo hace tan atractivo, aunque parezca un contrasentido, es su imperfección. Al ser un deporte que se juega principalmente con los pies, y menormente con otras partes del cuerpo –excepto manos y brazos–, hace que el error forme parte de su desarrollo, por lo que acertar permanentemente resulta complejo. El pie o la cabeza no tienen la misma sensibilidad que las manos, entonces llegar al objetivo deseado –el gol– requiere de un intrincado cúmulo de esfuerzos, donde además de “luchar” contra el adversario, se está en permanente pugna consigo mismo, el porcentaje de avances que alcanzan su objetivo resulta mínimo comparado con otros muchos juegos. Además, las circunstancias propias del juego: de ser un deporte que se practica principalmente a ras de suelo y donde se requiere habilidad para pasar y evadir contrarios independientemente de defender; aunado quizá a la imperfección señalada hacen que este sea uno de los juegos más democráticos no sólo en el aspecto económico, sino en el ámbito físico. Es verdad que para jugar profesionalmente se requiere una adecuada preparación físico-atlética, y que las tendencias actuales promueven primero el desarrollo muscular antes que el propiamente futbolístico, pero concediendo con todo esto, en el fútbol

todavía encuentran cabida, delgados, bajitos, rollizos, altos, etc. Prueba fehaciente de esto son Cruyff, Messi, Maradona, Gerd Müller, Ibrahimovic y tantos otros. Pero quizá, quien encarnó esto de forma más evidente, es un delantero (extremo derecho) especialista del regate,² un tal Manuel Francisco dos Santos, mejor conocido como “Garrincha” –apodo puesto por su hermano, referido a un ave fea pero de igual modo asombrosamente veloz y torpe, que cazaba y era cazada con gran facilidad–. Garrincha era patizambo, con la columna torcida, una pierna más larga que otra a causa de la poliomielitis y de pies planos girados hacia adentro. Así, logró dos campeonatos del mundo con Brasil y fue elegido unánimemente el mejor jugador del mundial de Chile en 1962. Como antes señalamos, la imperfección acompaña al juego permanentemente y además forma parte de su estética. Sea por esta dificultad o por el juego en sí mismo, el fútbol manifiesta una variada gama de posibilidades de goce: el sombrerito, el túnel, la barrida, el regate, por señalar algunos, pero su expresión máxima, el gol, se instala –no pocas veces– como expresión artística. Cuando las redes de una portería se insuflan por el golpeo de una pelota, entonces el fútbol puede estar más cerca de articular plenamente su belleza.

Como último factor encuentro la expresión tras conseguir el objetivo primario del fútbol –que muchas veces es olvidado por dirigentes, entrenadores y jugadores–, el grito de gol. Como señala Eduardo Galeano, su enunciación resulta orgásmica, porque acceder a él, que nuestro equipo o el contrario lo haga permite vaciar tensiones y energías. El gol no se dice, se grita, no existe el gol, existe el ¡¡¡goooooooooooooooooooooooooo!!! Cuando el gol es propio existe una necesidad de bullir, por eso se grita, corre, abraza. Pero aún si el gol llega del equipo rival también resulta de algún modo liberador, porque lo peor que puede ocurrir en un momento dado ya ha ocurrido. En casi todos los deportes se presenta esta euforia cuando se consigue el objetivo fundamental: encestar, hacer *touch down*, etc., pero creo que el fútbol, con su grito de gol, es quien mejor permite expresar a cabalidad esta efervescencia.

Después de manifestar algunas sensaciones y reflexiones sobre el porqué de la práctica tan extendida del fútbol, me resulta fundamental expresar posibilidades que este juego promueve. Jugar con una pelota puede abrir caminos hacia la aventura, la esférica –muchas veces no tan esférica– invita desde los primeros años, en una patada, ir hacia caminos desconocidos, hacia espacios por descubrir; con mayor edad, pero aun en la niñez, la pelota invita a que lo conocido –patio, sala, pasillo,

1 Aspecto que ha venido cambiando por la reducción de espacios para su práctica, como consecuencia de la urbanización y privatización (esto lo podemos observar en Colombia, México, Guatemala, por mencionar algunos países).

2 Acción de evadir a uno o más adversarios mediante el engaño (fintas, anticipación, técnica, etc.).

cuarto, campo- adquiera tintes de novedad, como quien recorre un mismo camino muchas veces pero que nunca le resulta igual, porque la compañía –la pelota- posibilita mil maneras de recorrerlo: fraternalmente, con orgullo, con disgusto, enconadamente, con goce, a puro lamento. El juego opera como guía y acercamiento de sentires y descubrimientos, a través de este conocemos aquello que nos maravilla y nos disgusta, aunque con la llegada de la adultez lo vamos olvidando, pero el fútbol se encarga de recordárnoslo. Es un acto presente desde los comienzos la vida hasta la adultez, que se encuentra intrínsecamente relacionado con la vida social y psicológica de los seres humanos, su valor no transita exclusivamente de modo utilitario, sino que considera las relaciones inter-subjetivas que promueven sentidos de vida.

Las formas de practicar el juego, de expresar el fútbol que cada pueblo proyecta, nos revela, aunque sea de forma velada y a pesar del intento homogenizante que el mundo del mercado propone a través del grito “ganar es lo único que importa”, maneras de sentir la vida, circunstancias históricas cruciales y aspiraciones sociales. La concepción de ciertos valores promueve un estilo de juego y este a su vez nutre esos valores. Existe una disposición hacia una determinada manera de ser, manifiesta en el juego. En el contexto mexicano, si volteamos a nuestras perspectivas físicas y/o psíquicas propias para asumir una forma de juego como equipo encontramos resistencia, entrega, lucha (los cuales podemos observar al destacar en deportes como marcha, maratón, boxeo), obediencia (Manuel Lapuente, entrenador local multigañador y de la selección mexicana en el mundial Francia 98 señala: el principal atributo del jugador mexicano es la obediencia, es dócil y abnegado, hace lo que le piden), victimismo (las eliminaciones en los mundiales más recientes se asocian generalmente con penaltis mal marcados –basta escuchar la famosa *vox populi* de no fue penal, en referencia al caso Robben–, goles de último minuto, fallados y encajados), falta de riesgo o aventura (la obediencia conlleva esto), falta de calidad individual sobresaliente. Al revisar algunos de estos aspectos podemos percatarnos de cómo históricamente se ha evolucionado, pero al mismo tiempo cómo se mantienen factores que impiden una ruptura de verdadera transformación. Se mantienen las atribuciones hacia el ganar fuera de contexto, sin comprender el cómo somos, que puede posibilitar el entendimiento cabal de eso que somos para ver si lo queremos seguir siendo. Además, el ganar no es un reflejo estricto de actuar como se es, sino una posibilidad del juego ligado a un accionar.

Hoy la pelota, aunque no siempre brillante y con sus mejores galas –en principio generalmente de plástico o cartón- sigue seduciendo, su magia se aparece en

potrereros, calles y traspatios, también pasa lista de presente grandes campos y escenarios, pero amenaza con ausentarse o desplazarse si no somos capaces de captar las estelas formadas detrás o a la par de ella. Pero son sus apariciones antes mencionadas las que posibilitan determinadas formas de habitar, ya que el juego en sí mismo, pero más aún el fútbol, principalmente por su facilidad de acceso puede ofrecer atribuciones de solidaridad, diversión, trabajo, mística, compañerismo, por mencionar algunas. Asimismo, promueve la apropiación de espacios públicos: parques, calles, escuelas, campos, pasillos, plazas, terrenos, independientemente de los espacios simbólicos.³ Es verdad que el fútbol también puede acarrear atribuciones mercantiles, de enajenación, violencia, etc., pero su práctica invita a incidir en la realidad a través de diversas formas de hacer la vida en comunidad. Formas que transitan por dimensiones específicas.

Habitar desde las dimensiones de tradición, mito, rito y narración.

Para poder comprender y transformar formas habitar, consideramos necesario acudir a una conciencia histórica, conocer hechos pasados por los que se ha forjado el presente para poder erigir senderos de tránsito futuro, porque en la historia siempre encontramos preguntas y respuestas, hechos trascendentes que dan cuenta de la actualidad y de patrones de conducta. Las figuras de tradiciones, mitos, ritos y narraciones, son un ejemplo claro del alcance de la historia en la cotidianidad, porque reflejan la vida moral al legitimar comportamientos y estructuras sociales, así como al expresar convenios humanos. Existen otros tantos, pero los señalados reflejan maneras y posibilidades de habitar.

Para reflexionar sobre la posibilidad de habitares más integrales, nos basaremos en el análisis de cuestionamientos esenciales que remiten al ser; abordaremos la importancia de cultura como generadora de distintos actuares, así como su puesta en juego a través de elementos de la tradición, el mito y el rito, articulados por la narración, dispositivos sociales heredados transgeneracionalmente que cuentan con la facultad para organizar y normar formas de habitar el mundo. Con todo lo anterior, podemos constatar que la identidad se fundamenta en una conciencia histórica, conciencia que alude a una noción de semejanza y diferencia, expresada en una memoria histórica que nos separa y vincula a tradiciones, mitos, ritos y narraciones, ya que la creación, transmisión, apropiación y recreación de todas éstas dimensiones posibilita y promueve órdenes sociales específicas.

³ Espacios que abordaremos en el siguiente apartado.

Tradición implica la transmisión de ideas, costumbres, creencias, prácticas y rituales religiosos, morales o simplemente de conducta social.⁴ MacIntyre entiende por tradición una composición que proporciona a las prácticas y a la vida su contexto histórico necesario. “Una tradición viva es una discusión históricamente desarrollada y socialmente encarnada, que en parte versa sobre los bienes que constituyen aquella tradición” (MacIntyre, 1984: 222). Las tradiciones se reconstituyen permanentemente como un acto creativo y consciente, mientras las costumbres son actividades rutinarias. Por ejemplo, para muchos pueblos la tradición del día de muertos es un acto en el que se mantienen determinados simbolismos, pero en el que la construcción e imaginación desempeñan un papel fundamental. Por otro lado, podríamos considerar una costumbre el hecho de levantarse a las cuatro de la mañana para tomar café. Indudablemente las tradiciones cuentan con diversas costumbres, pero el sentido de estas últimas es lo que conforma una tradición. Las tradiciones cuentan con elementos costumbristas pero van mucho más allá de éstos, pues hacen referencia a la importancia de lo que se transmite en la sociedad y que en el fondo se reverencia. El sujeto de la comprensión no parte de cero ni se enfrenta al proceso de comprensión a partir de una *tabula rasa*, sino que tiene detrás suya toda una historia. El encuentro con otra tradición produce inevitablemente una crisis en la propia tradición y una crisis personal. El descubrimiento de inconmensurabilidades conceptuales y prácticas provoca en el sujeto y en la tradición dudas de certezas anteriores. La confrontación con otra tradición, el encuentro de nuevos problemas en la propia y el descubrimiento de ciertas cuestiones insolubles sitúan a las personas ante la posibilidad del fracaso de su tradición. La confluencia de distintas tradiciones incompatibles suele producir desorientación en las perspectivas de vida.⁵ En el ámbito del fútbol, una costumbre puede ser cuando se juega una cáscara⁶ callejera o informal e independientemente del marcador, por obscuridad o tener que llegar a casa se establece el “mete gol gana”, donde como su nombre lo indica quien anota ese último gol ganará el encuentro. Una tradición acendrada a lo largo de su historia, que hoy está en vías de

desaparecer, es el estilo de juego de la selección de Brasil y de los brasileños en general. Por su forma de concebir la vida el brasileño baila, canta, tiene ritmo, aspectos que integró paulatinamente al fútbol, practicando un juego alegre, cadencioso, técnico, propositivo; aunado a una constitución física poderosa e integrado a una disposición táctica de ataque. Desde los años 50’s los brasileños fueron identificados con este tipo de juego, situación que cambió en la década de los 90’s y que hoy está a punto de convertirse en leyenda por buscar más el éxito, lo que sea que esto signifique, en vez de ratificar un sentir y una forma de expresarlo. Como señala MacIntyre, las tradiciones deben debatirse, reflexionarse y si es necesario transformarse para mantener o cambiar la orientación de los valores que promueven, pero sus portadores deben estar plenamente conscientes de cuáles son los valores que desean promover. Para el caso brasileño creo que existe un extravío en estos valores, por asociar el ganar con jugar feo, incluso a costa de sus identificaciones más profundas.

Las tradiciones suelen asentarse a través de los mitos, quienes generalmente remiten a hechos extraordinarios, referidos a tiempos cardinales, aspecto empleado como justificación de actúes (Cortés, 1996). En los mitos se recrean, mediante fábulas o ficciones alegóricas, hechos primordiales que pueden dar explicación y fundamento tanto a normas sociales como a creencias, costumbres, etc. Comúnmente se asocian con seres sobrenaturales o de poderes excepcionales, y permiten la justificación de valores, instituciones y creencias, que las sociedades construyen mediante representaciones simbólicas que generalmente expresan las características propias de la sociedad que los engendra. Para Mircea Eliade, en los mitos, como en la concepción misma de lo sagrado y lo profano, se manifiestan los rasgos específicos de lo humano. Afirma que los mitos permiten al humano una “ruptura de nivel que le sustraen al terror de la historia” (Eliade, 2003:111). Lo guían en el actuar cotidiano a través de sus revelaciones. Brindan orientación respecto a la forma de habitar el mundo. “El mito cumple con la función de revelar modelos, proporcionando una significación al mundo y a la existencia. Al contar como fueron hechas las cosas, los mitos revelan por quién y por qué lo fueron y en qué circunstancias” (Eliade, 2000:127). Se mece por los terrenos de la polisemia y lo ilógico; por lo que se puede pensar en descalificarlo y no hacerlo compatible con la racionalidad, tacharlo de una mera fantasía. Pero cuenta con organización, aunque sinuosa, normas y principios, muchas veces variables, para la configuración de realidades específicas. Tiene tantas posibilidades como culturas en las que pervive. Los mitos revelan acontecimientos primordiales, no sólo creaciones y orígenes, por lo que promueven comportamientos.

4 Existen diferentes tipos de tradiciones, por ejemplo, podemos considerar la tradición ilustrada, la tradición de convivencia con el entorno de los lacandones, la tradición agraria de Estado mexicano, etc.

5 Un ejemplo de esto lo podemos observar en la confrontación entre la tradición de cultivo indígena ancestral (milpa tradicional) y el cultivo desde una lógica exclusivamente material (a través del monocultivo y uso de agroquímicos). Pues el cambio de paradigma suele acarrear empobrecimiento (desnutrición, dependencia económica de productos externos, desarraigo, etc.).

6 En México se considera cascara al juego o partido entre dos grupos de contrincantes de manera informal, en otros sitios se le denomina picadito, jueguito, etc.

En el mundo del fútbol son varios los mitos que revelan identidades, sucesos extraordinarios, gestas heroicas y demás acontecimientos; abordaremos brevemente el primer aspecto. Retomando el estilo de juego brasileño, alegre y eficiente, que durante muchos años forjó su identidad y hoy en vías de extinción, nos remontamos hasta 1919, cuando Brasil venció a Uruguay y se consagró campeón sudamericano. El pueblo amazónico gritaba eufórico *O glorioso pé de Friedenreich* (El glorioso pie de Friedenreich). Artur Friedenreich, un hijo de alemán y una lavandera negra, quien jugó veintiséis años en primera división brasileña y anotó 1,329 goles –Pelé anotó 1,279 en toda su carrera– (Galeano, 1995). Este mulato de ojos verdes rompió el molde inglés de jugar al fútbol, llevó su irreverencia de color y barrio al solemne estadio de blancos. A pura gambeta y fantasía transformó el sentir de un pueblo para expresar su juego de fútbol. Con él nace el estilo brasileño de gozar el juego, de sentir con cadencia y ritmo una pelota, con expresiones y hazañas funda la manera brasileña de jugar al fútbol.

La historia mítica es recuperada permanentemente a través de los rituales. El rito generalmente es un acto ceremonioso repetido con arreglo a normas prescritas (Cortés, 1996). Opera como indicador en el comportamiento social, en los hábitos. Las sociedades cuentan con un conjunto de tradiciones y concepciones que se transmiten generacionalmente mediante sus respectivos acervos de narrativa oral. Debemos identificar el objeto del rito para acercarnos a su comprensión. Normalmente son conservados y transmitidos por la propia sociedad (bien sea por tradición oral, o por textos sagrados) o por entidades religiosas. Los rituales cosmogónicos por ejemplo, requieren un conocimiento profundo de las ideas que forjaron el sistema de pensamiento que los nutre. Algunos son resultado material, tangible de un proceso de reflexión colectiva sobre su existencia e historia, traducido en enseñanzas y normas que la misma reflexión expresa.⁷ Estas ideas han evolucionado en el tiempo y muchas veces hoy sólo representan fragmentos de un gran conjunto, a causa de poderosas influencias para su deterioro parcial o definitivo; pero aún con las contingencias históricas, los vestigios del notable complejo ceremonial no pueden explicarse exclusivamente por inferencias externas, pues son la prueba legitimadora de un pensamiento que expande sus funciones reguladoras en las relaciones de convivencia.⁸ Las prácticas rituales se fueron y han ido modificando a través de nuevas

configuraciones y acciones. Uno de los rituales que más recuerdo en mi infancia es el de revisión de zapatos antes de cada partido por don Héctor, hombre entrañable de carácter recio y actuar sereno. Él fue entrenador de nuestro equipo halcones de Tuxtla durante mi época de primaria. Cuando había partido don Héctor nos citaba 30 minutos antes de cada juego, ya que nos uniformábamos pasaba ante cada uno de nosotros y revisaba escrupulosamente nuestros zapatos de juego, debían estar limpios y lustrados, pues en caso contrario sabíamos que no jugaríamos ni un momento, fuera quien fuera, pues recuerdo que Adiel –nuestro centro delantero y mejor jugador– llegó con sus Adidas despampanantes pero sucios, a lo que don Héctor dijo algo más o menos así: entiendo que su ropa puede estar con hoyos o manchada, que sus zapatos se pueden romper o estar descosturados, pero el fútbol es para divertirse y respetar, nuestro elemento es la pelota y es lo primero que hay que honrar, lo cual haremos tratándola limpiamente. En aquel momento creía que limpiamente sólo se refería a los zapatos, hoy estoy seguro que aquella aseveración era mucho más profunda. El ritual de “los zapatos limpios” se convirtió en una forma de entender el juego y honrarlo, de brindarle identidad.

En el intrincado proceso identitario, la narración articula y expresa los sistemas de tradiciones, mitos y ritos. Las narraciones recogen la vida de las tradiciones. Muestran los acontecimientos, criterios de razonamiento y de justificación, teorías, creencias, crisis epistemológicas, victorias, derrotas, avances y retrocesos de la tradición.⁹ Narrar significa decir de palabra o por escrito alguna historia, contar.¹⁰ La narración nos muestra lo que es y lo que fue una tradición, tiene una función explicativa y por ende articuladora de la realidad. MacIntyre llama narrativa a la consciencia de la acción, considera que no existe acción propiamente dicha sin la toma de consciencia, lo cual no consiste únicamente en caer en la cuenta de que estoy físicamente realizando la acción, sino también en aceptar su sentido, no sólo en general, sino un sentido dentro de mi existencia (Montoya, 2005). La narración tiene un instrumento principal sumamente elaborado y complejo, organizado en diversos niveles con el que el hombre puede expresar verbalmente y por escrito un número no limitado de ideas, sensaciones, acontecimientos, etc., y que permite aludir a las cosas y situaciones en su ausencia. El lenguaje reduce y ordena las sensaciones del entorno. En sí mismo, otorga características muy claras de la forma de ser para quienes detentan tal o cual lenguaje.

7 Marie-Odile Marion. *Identidad y ritualidad entre los mayas* (México: Instituto Nacional Indigenista, 1994): 140.

8 Marie-Odile Marion. “Bajo la sombra de la gran Ceiba: la cosmovisión de los lacandones” *Desacatos CIESAS*, no. 5 (Invierno 2000): 45-56.

9 Francisco de la Torre. *El diálogo intercultural de Alasdair MacIntyre* (Madrid: Editorial Dykinson S. L., 2001): 91.

10 Cortés y Martínez, *Diccionario*.

Con fuerte influencia wittgensteniana, MacIntyre ubica a las fronteras de un lenguaje en un sistema de creencias, donde las traducciones implican importar al propio mundo creencias diferentes o proyectar nuestras creencias sobre las ajenas. Establece que las comunidades¹¹ no simplemente nombran, sino nombran “para”. Las distintas comunidades suelen nombrar a los espacios donde viven de acuerdo con sus perspectivas. Los nombres se utilizan como identificación para los que comparten las mismas creencias, las mismas justificaciones de autoridad, la misma cosmogonía. Se nombra desde una particular comunidad lingüística y cultural, desde un sistema de identificación compartido y parcialmente constitutivo de esa comunidad. En el acto narrativo la identidad se manifiesta y adquiere sentido claramente; por la forma de contar, por la posibilidad de una toma de consciencia, por su función articuladora. Al ser capaces de narrar lo que nos ha pasado vamos adquiriendo consciencia histórica, conocimiento de cómo hemos vivido. En el fútbol –especialmente en el mexicano– muchas veces sus narraciones no alcanzan a generar esta consciencia histórica, pues se repiten cuestiones negativas permanentemente (como cerrar espacios para su práctica, falta de promoción en instancias gubernamentales, considerar sólo el ganar como sinónimo de “lo único bueno”, verlo desde una perspectiva marcadamente económica y un largo etcétera). Indudablemente el fútbol con un lenguaje –eminentemente machista– que habría que buscar transformar, pero que también ha promovido oportunidades de articulación entre sus prácticas y sentires.

Con lo señalado hasta aquí podemos apreciar las características y dimensiones involucradas en el proceso identitario, la intervención de la cultura como forjadora del hombre en la promoción de un horizonte, la contribución de la tradición para fomentar el nexo entre creatividad y toma de consciencia, al mito en su función de configurar realidades, las manifestaciones de los grupos sociales que se expresan en el rito, la importancia del narrar por su acción vinculativa y explicativa; y en sí, a estos cuatro elementos como dispositivos que conforman y validan aquello que permanece y se transforma a lo largo del tiempo; además del proceso distintivo e interiorizador de rasgos en la identificación manifiesto a través de la determinación de algo como valioso. En general, las formas de vida cotidiana como el fútbol, pueden arrojar nos luces sobre el funcionamiento de conjuntos sociales, el establecimiento de sus convencionalismos, el proceso de internalizar conocimientos evidentes y esquemas de interpretación, la construcción de una consciencia

11 MacIntyre entiende por comunidad como el grupo humano portador de las tradiciones que comparte y posee determinadas asunciones e instituciones con algún grado de estabilidad.

colectiva propia para afrontar tiempos y espacios sociales diversos. Esencialmente la identidad promueve un orden sustentado en jerarquías,¹² legitimado en el comportamiento a través de la instauración de un sentido,¹³ y en esta legitimación las redes discursivas proporcionan aceptabilidad, cohesión. Pero el voltear a cuestionamientos de ¿quiénes y qué somos?, ¿quién y qué soy?, ¿para qué ser?, ¿cómo soy y somos?, nos remite al ser de hombres y mujeres que buscan la comprensión de su existencia histórica y social; en el acercamiento a fuentes que orientan su comportamiento. La búsqueda de eso, que nos hace ser lo que somos, es a fin de cuentas, un intento por explicar nuestra realidad expresada en la forma que habitamos.

Para pensar y seguir pensando.

Hoy requerimos alternativas que promuevan convivencia entre los seres que poblamos distintos espacios, generar mayor consciencia respecto a nuestras prácticas y la forma en que son llevadas a cabo. Es necesario reconocer que nos “jugamos” al habitar cuando hacemos propio un espacio y la manera en que lo hacemos. Saber desde qué marcos se internalizan nuestros comportamientos, desde qué perspectivas y límites se configura nuestra identidad y qué posibilidades nos brinda. Requerimos ubicar claramente las dimensiones bajo las que nos conformamos para saber si invitan a ser transformadas y/o revaloradas.

Toda tradición requiere ser concebida y observada como un reflejo de la vida moral, no el folklore de un grupo de personas, sino seres humanos en busca de un determinado bien. Las determinaciones no sólo deben ser teóricas, sino reflejar y forjar formas de vida eminentemente prácticas. Los mitos “no son, en sí mismo una garantía de bondad ni de moral. Su *función es revelar modelos*, proporcionar así una *significación* al mundo y a la existencia” (Eliade, 2000:125). No persiguen un análisis mediante la fragmentación, como la razón que busca ideas claras y distintas, hacen un llamado a la totalidad, al conjunto de revelaciones para intentar explicar los acontecimientos. Legitima comportamientos, normas, instituciones, y en sí, la estructura social; de ahí su importancia para muchas sociedades. “Expresa, realiza y codifica las creencias; salvaguarda los principios morales

12 Al establecer roles sociales claramente definidos.

13 Principalmente a través de mitos fundacionales y/o regulativos, que no necesariamente son reales o posibles. Por ejemplo, el del mito consumismo que busca crear la ilusión de realización a través del acceso a los productos. Aquí el establecimiento de sentido puede ser: alcanzar la felicidad en la posesión material.

y los impone [...] ofrece reglas prácticas para el uso del hombre” (Malinowski, 1993:57). Es un dispositivo que orienta y promueve las ilusiones. Quizá el mito no pueda ser esclarecido totalmente por la racionalidad, pero podemos conocer su naturaleza y la forma de operar en distintas sociedades. Asimismo, el rito vincula y separa lo sagrado y lo profano, en la búsqueda de hacer penetrar lo sagrado en lo profano. Lo sagrado representa una cierta forma de control que ejerce la sociedad y la cultura sobre la consciencia de cada uno de sus miembros, el temor y la reverencia a lo sagrado expresa, simbólicamente, la dependencia del individuo respecto de la sociedad (Durkheim, 2000). Las normas rituales provienen siempre de la tradición, en el origen de la cual suele haber un mito. Los mitos pueden cumplir una función introductoria y a la vez explicativa de las conformaciones de una realidad, y aunque en ciertos aspectos sean falsos, no pueden rechazarse, pues intentan comunicar una verdad profunda que sólo puede expresarse alegóricamente

con metáforas, fábulas, imágenes, poemas, parábolas, ilusiones, etc. (De la Torre, 2001). Pero la narrativa no es la obra de los poetas, dramaturgos y novelistas, no es un disfraz ni una decoración, no es una creación artificial, sino que está asentada en la realidad dinámica de las cosas (MacIntyre, 1984). Las conversaciones denotan las transacciones humanas, son modelos cooperativos de acción, pues todas nuestras acciones se insertan en una historia, por esto determinadas acciones siempre hay que colocarlas como episodios de narraciones mucho más amplias. Narrar es un recurso en el saber del hacer. Al contar historias intentamos comprendernos. Las narrativas son espacios de búsqueda, al preguntar qué es lo bueno de mi vida, qué bienes deseo. Estos cuatro elementos son pues orientadores y contenedores de sentidos de vida, dimensiones que salvaguardan y transforman los valores fundamentales de cada sociedad para el habitar del mundo y, el fútbol ofrece cada una de ellas generando posibilidades en ese habitar.

Referencias bibliográficas

- Cortés Morato, Jordi y Martínez Riu, Antoni (1996), “Diccionario de filosofía en CD-ROM”. Barcelona: Herder.
- De la Torre, Francisco (2001) *El diálogo intercultural de Alasdair MacIntyre*, Madrid, Editorial Dykinson S. L.
- Durkheim, Emile (1973), *Las reglas del método sociológico*, tr. De Paula Wasjman Buenos Aires: Shapire Editores.
- (2000), *Las formas elementales de la vida religiosa*, México: Colofón Editores.
- Galeano, Eduardo (1995), *El fútbol a sol y sombra*. México, D. F. Siglo XXI editores.
- Giordano L. y D’angeli, L. (1999), “El habitar una investigación para la proyección ambiental”, en *Arquitectura del habitar Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires y Universidad Autónoma Metropolitana*, pp. 347-353.
- Godelier, Maurice (1984), *Lo ideal y lo material*, tr. A. J. Desmont, España: Taurus Humanidades-Alfaguara.
- Eliade Mircea (2000) *Aspectos del mito*, Barcelona: Paidós Orientalia.
- (1971), *La búsqueda* Buenos Aires: Megápolis.
- (2003), *Mito y realidad*, tr. Luis Gil, (Barcelona, Kairos.
- Marion, Marie-Odile (1994), *Fiestas de los pueblos indígenas. Identidad y ritualidad entre los mayas México: Instituto Nacional Indigenista*, 139.
- (2000), “Bajo la sombra de la gran Ceiba: la cosmovisión de los lacandones” *esacatos CIESAS*, no. 5.
- MacIntyre, Alasdair (1984), *Tras la virtud*, tr. Valcárcel Amalia, Barcelona, Crítica.



Malinowski, Bronislav (1993) *Magia, ciencia y religión*, Barcelona, Planeta/Agostini.

Montoya, Guillermo (2005) "Para honrar el día mundial de la tierra debemos aceptar nuestra naturaleza." Periódico Expreso de Chiapas, Febrero 18.

Ortega y Gasset, José (1966), *Ideas y creencias*. Madrid, Epasa-Calpe.

